ALGAZEL, *Maqāṣid al-falāsifa o intenciones de los filósofos*, traducción, prólogo y notas de Manuel Alonso Alonso, Libros Pensamiento, Editor Juan Flors, Barcelona, 1963.

Sección quinta[1]

De cómo del primer principio (*al-mabdā al-lūal*) procede el ser de todas las cosas y del orden que hay entre las causas y los efectos, y cómo por las causas se asciende hasta el uno, que es la causa de las causas.

Esta sección es la flor misma de la Metafísica (*zubdat al-ilahyiat*) y su propio resultado (pág. 218), Y lo último de todo lo que puede investigarse después de conocer los atributos (*ṣifāt*) del primero y verdadero.

La primera de las cosas que en esto conviene decir, es la que ya hemos dicho: El ser supremo es bajo todos los respectos, único (*waḥid*); de un ser único en sí no puede proceder sino un ser también único. Ahora bien, los seres existentes (*al-mawŷwāt*) son de hecho muchísimos y no puede admitirse que ellos solos unos con otros se hayan formado en un solo orden sucesivo, porque tal graduación no es general para todos sin excepciones. Se puede ciertamente decir que los cuerpos celestes (*al-ŷisām as-samāwat*) son naturalmente anteriores a los elementos y que los elementos simples son anteriores a los mixtos. Pero esto no se puede generalizar a todos los casos. Respecto de los cuatro elementos naturales no hay un orden sucesivo, como tampoco lo hay entre el caballo y el hombre, ni entre la palma real y la vid, ni entre la blancura y la negrura, ni entre el calor y el frío. Únicamente en que todos existen, se parecen todos estos seres. ¿Cómo, pues, podrán provenir todos de un solo y mismo ser? Y si proviniesen de un mixto que tenía ya muchos elementos, ¿de dónde había salido esa multitud antes de estar en ese compuesto? Sería al fin necesario que en uno solo se encuentre una multitud, y eso parece imposible.

La solución de estas dudas está en decir que del ser supremo emanó un solo ser (*al-lūal manat šy wāḥid*), pero este ser único quedó afectado de cierta cualidad que no venía del ser supremo y, mediante esa otra cualidad y en él, apareció la multitud o pluralidad, y eso será el principio de donde emanan muchísimos seres en varias series y órdenes; luego, vendrá la fusión o reunión en uno de la misma serie y orden. Por consiguiente, ese uno por la pluralidad que en él hay, es múltiple y de este modo surgió la pluralidad de los seres, ni es posible que de otra manera se multiplicaran. El modo de esta multiplicación es éste: El ser supremo es el uno verdadero (*al-waḥid al-ḥaqq*), porque su existir (*wuŷūdat*) es puro existir (*wuŷūd*), y su existir (*anniyat*) es eso mismo que es. Todo otro ser (pág. 219)

[1] ALGAZEL, *Maqāṣid al-falāsifa*, pp. 207-217.

es contingente y la individualidad de todo contingente es distinta de la esencia, como arriba dijimos. Todo ser que no es ser necesario, será ser accidental respecto de la esencia y siempre será preciso presuponer antes una esencia respecto de la que será accidental la individualidad o supuesto. De consiguiente, un ser por razón de lo que debe decirse de su esencia será contingente, pero podrá también ser necesario por razón de la causa. Ya antes probamos que todo lo que de suyo es contingente, puede también ser necesario por razón de otro ser. Tendrá, pues, en el caso dos caracteres: el de ser necesario y el de ser contingente. En cuanto contingente es ser en potencia; en cuanto necesario es ser en acto. Pero la contingencia la tiene de suyo, mientras que la necesidad le viene de otro ser. Se da, pues, en él composición entre algo que se parece a la materia, y algo que se parece a la forma. Lo semejante a la materia es la contingencia y lo semejante a la forma es la necesidad, la cual le viene de otro ser. Según esto, del Primero emana una inteligencia pura, que no recibe del Primero, que es singular y único, sino una existencia singular y necesaria, pero de su propio ser le viene la contingencia, no del Primero. Esa inteligencia pura se conocerá a sí misma y conocerá su principio. Conociéndose a sí misma como dependiente de su principio –porque en realidad le debe la existencia–, y formando, además, con esos conocimientos distintos juicios, por razón de esta multiplicidad de juicios, producirá ella lo múltiple, y lo múltiple ya no cesará de multiplicarse poco a poco hasta llegar al último a los seres existentes. Siendo, pues, necesario conceder que hay multiplicidad y no pudiendo darse más que de este modo, ni pudiendo tampoco haber en su origen más que una multiplicidad reducida, los primeros seres no serán por cierto una gran muchedumbre, sino que por grados se irá viniendo a la muchedumbre, de modo que existirán las inteligencias puras, las almas, los cuerpos, los accidentes. Tales son las agrupaciones de todos los seres existentes.

(Pág. 220.) Se nos preguntará: pero ¿cómo podrán distinguirse los grados y órdenes sucesivos? Respondemos que del primero emana tan sólo una inteligencia, en la que, como decíamos, habrá dos atributos, uno que directamente emana del primero y otro que de suyo tiene. De esa inteligencia pura con esos dos atributos podrán a su vez emanar otro ángel y un orbe (*malik wa falak*) o cielo. Ángel quiere aquí decir una inteligencia también pura. Además, lo más excelente siempre emanará necesariamente del atributo más excelente. Siendo, pues, la inteligencia lo más excelente y sobresaliendo todavía en ella la existencia, que es el atributo que inmediatamente emana del primero, también emanará de esa primera inteligencia por lo que tiene de necesaria una segunda inteligencia y por lo que tiene de contingente, que es lo que se parece a la materia, el cielo u orbe más elevado (más remoto). De la inteligencia segunda emanarán la tercera inteligencia y la esfera de los signos (el zodíaco). De la tercera emanarán la cuarta y el orbe de Saturno. De la cuarta, la quinta y el orbe de Júpiter. De la quinta, la sexta y el orbe de Marte. De la sexta, la séptima y el orbe del Sol. De la

séptima, la octava y el orbe de Venus. De la octava, la nona y el orbe de Mercurio. De la nona, la décima y el orbe de la Luna. Así queda completo el orden de existencia de los cuerpos celestes. No contando entre ellos el ser supremo, tendremos 19 seres superiores (*sawy*): 10 inteligencias (*'uqūl*) y nueve orbes (*aflāk*). Y esto será lo exacto a no ser que el número de orbes sea mayor; porque si lo fuese, sería preciso añadir inteligencias hasta completar todos los cielos (*as-samauiat*). Pero hasta ahora, con la observación tan sólo se han llegado a contar estos nueve[2].

Después de ellos comienzan los seres inferiores existentes (*wuŷūd as-safaliaat*), en primer lugar los cuatro elementos (*al-'unāṣur al-arba'at*). No puede haber duda que éstos entre sí son distintos (pág. 221), puesto que sus lugares son naturalmente distintos: unos tienden al centro, otros hacia la superficie. ¿Cómo, pues, ha de ser una misma su naturaleza (*aṭṭabi*)? Además, como se dirá en la Física, son generables y corruptibles. Es, pues, necesario que tengan los cuatro una materia (mādda) común. Mas siendo imposible que un cuerpo sin más salga de otro, repugnará también que la causa de su existencia sean sólo los cuerpos celestes. Y siendo común la materia (mādda) de los cuatro elementos, repugna que la causa de la existencia de su materia sea múltiple, como siendo distintas las formas repugna también que no tengan ellas múltiples y diversas causas contenidas en cuatro cosas o cuatro especies, puesto que son cuatro las formas. Además, repugna que la forma sea, ella sola, la causa de existir la materia (mādda); porque, si así fuese, al desaparecer la forma desaparecería la materia. Y vemos que no es así, sino que siempre permanece la materia, aunque con otra forma. Mas, por otra parte, repugna también que la forma no tenga algún valor e intervención en la existencia de la materia (hayūlā), porque si no tuviese intervención ninguna en ella, entonces, al desaparecer la forma, quedaría sola la materia (hayūlā) por permanecer su propia y exclusiva causa y eso es absurdo.

De consiguiente, la existencia de la materia (mādda) de los cuatro elementos se debe en común a varias causas. Primeramente se debe a una substancia separada en que radicará su existencia; pero no se debe a ella sola, sino también a otras varias formas, como, v.gr., la fuerza motriz que es la causa de la existencia del movimiento con la condición, sin embargo, de que esa forma tenga un sujeto que la reciba; y, como acaece, v.gr., que el sol es causa de que maduren los frutos, pero a condición de que la energía natural de las frutas reciba su influencia (página 222). Igualmente a la inteligencia separada se debe sin duda la existencia de la materia (mādda), pero el existir de hecho mediante esa inteligencia separada se debe también a la intervención de la forma: La apropiación de la materia a una forma, dejando a otra de igual naturaleza, no puede venir de la inteligencia, separada sola, sino que para eso es

[2] Compárese mucho de lo que precede y mucho de lo que va a seguir con lo que Avicena en el libro IX de la Metaphysica del Sifā', c. II, fol. 102rb-104ra. Varias veces se encontrarán frases bien idénticas. (Nota de Manuel Alonso)

necesaria otra causa que disponga de mejor modo o atempere parte de la materia para recibir precisamente esa forma y no otra. Por lo demás, la materia (mādda) es común a los cuatro elementos y, de consiguiente, será necesario darle una disposición congrua para recibir una forma determinada y no otra de igual naturaleza. Este efecto se debe en primer lugar a los cuerpos celestes, los cuales con su acercarse y con su alejarse proporcionan a las materias (mawādda) diferentes disposiciones; y cuando tienen una ya bien dispuesta, la forma le viene de la inteligencia separada. Mas conviniendo todos los cuerpos celestes en una naturaleza general, que es la que preexige el movimiento rotatorio en todos ellos, proporcionarán a las materias disposiciones absolutamente valederas para recibir indiferentemente una forma cualquiera; pero como a cada uno corresponde también una naturaleza propia y determinada, ésta supone en algunos de ellos una determinada predisposición para producir ciertas formas. Al fin de todo a cada materia así dispuesta vendrá la forma que se debe a la inteligencia separada. La raíz, pues, misma (el fondo mismo) de la materia corpórea se debe a la substancia intelectiva separada. La limitación de sus partes se debe a los cuerpos celestes, lo mismo que su atemperamento o disposición.

Debe aquí notarse que no repugna que unos seres preparen a otros para cosas particulares: cuando, v.gr., el fuego encuentra al aire, le proporciona la disposición para recibir la forma ígnea que de la inteligencia separada emanará sobre él. Es muy distinto el estar preparado y el estar en potencia. Estar en potencia significa la capacidad para recibir una forma y para recibir su contraria, mientras que estar preparado o atemperado (pág. 223) indica que entre dos formas de igual naturaleza, hay, para recibir una como propia, mayor congruencia que para la otra. La potencia se da igualmente (ex aequo) para existir y para no existir, mientras que la preparación o atemperamento se da tan sólo para existir, en cuanto que una de las dos potencias se antepone a la otra. v.gr., la materia del aire recibe igualmente (ex aequo) la forma ígnea y la forma acuosa; pero si el frío prevalece, éste la predispone mejor para recibir la forma acuosa y de hecho se convierte en agua al recibir de la inteligencia separada la forma acuosa, una vez que mediante el frío adquirió la debida contemperación. De esta manera una materia vecina a un cuerpo en movimiento continuo estará más dispuesta para recibir la forma ígnea a causa de la proporción que hay entre el movimiento y el calor, mientras que otra materia más dispuesta para el reposo estará también más alejada de aquello. De este modo, pues, empezaron a existir estos cuerpos capaces de generación y corrupción, esto es, los elementos. De aquí resulta evidente cuál es la causa de la disposición primaria que respecto de toda forma tiene la materia y cuál es la causa de su disposición propia y última respecto de los cuatro elementos.

Finalmente, de la combinación o mixtión de estos cuatro elementos se formaron todos los cuerpos, en primer lugar la región atmosférica que es una combinación de vapor acuoso y humo, y, además, los

meteoros y otros seres parecidos; en segundo lugar los minerales; en tercer lugar, las plantas; en cuarto lugar los animales; el sumo de los grados es el hombre. Todos estos seres resultan por mixtión de los elementos. Combinándose el agua y el aire resulta el vapor; combinándose el fuego y polvo (tierra desmenuzada) resulta el humo. Y de dos combinaciones de éstas resulta la región atmosférica (pág. 224). La causa última de su combinación son los movimientos originados del calor y del frío, que fluyen de los cuerpos celestes. De éstos, pues, reciben la última disposición. Y, después, el dador de las formas les infunde las formas. Pero cuando se produce una mixtión más vigorosa y mas perfecta que aquélla, y se añaden, además, ciertas condiciones, quedará todo dispuesto para recibir las formas de las substancias minerales y les infundirá también esas formas el dador de las formas. Y si la mixtión es aún más perfecta que ésta, resultarán las plantas, y, después, vendrán los animales. Pero la más perfecta de todas las mixtiones es el semen humano, que está preparado para recibir la forma humana.

La causa de tales disposiciones son los movimientos celestes y terrestres y sus cruzamientos o entrelazamientos, mientras que la causa inmediata de las formas es una substancia separada. No cesarán nunca los cuerpos celestes de proporcionar esas aptitudes ni la substancia separada cesará nunca de suministrar formas y resultará de ambas acciones la conservación perpetua de los seres existentes. No pueden darse casualmente tales mixtiones. Sus causas van eslabonadas unas con otras según un orden preestablecido que nace de los movimientos celestes. Por eso se ve que algunos seres permanecen por sí mismos –tales son las estrellas–, mientras que otros individualmente no pueden permanecer por sí mismos, por ejemplo las plantas y los animales, pero para que perseverasen, se proveyó la conservación de las especies, bien sea haciendo nacer algunos individuos de la tierra, cuando ésta está preparada por una causa celeste propia, bien sea por generación que es el caso más frecuente, porque cada especie está caracterizada por una facultad que segrega una parte que en potencia es otro individuo parecido y es la causa inmediata de que éste exista.

Tales son las causas de estas cosas temporáneas (pág. 225), pero lo temporáneo tan sólo dentro del mundo sublunar puede tener lugar. En cambio, los cuerpos celestes permanecen siempre en un estado fijo tanto en sí como en sus accidentes, excepto en el menos apreciable de todos que es la situación y relación de unos respecto de otros. De sus diversos movimientos resultan, pues, entre los astros trinos, sextiles, conjunciones, oposiciones, cuadros[3] y otras distintas emisiones de rayos y diversas especies de combinaciones que menciona la astrología, tantas que no puede el hombre llegar a conocerlas todas.

Tales son las causas de la diversidad de combinaciones y disposiciones para que emanen las formas del

[3] El aspecto que presentan tres astros en una misma circunferencia a 120º de distancia entre sí se llama *trino*; el de cuatro astros a 90º de distancia entre sí se llama *cuadro*; el de seis astros a 60º de distancia entre sí se llama *textil*; etc. (Nota de Manuel Alonso)

dador de las formas, porque él no es avaro en darlas e infundirlas. Cierto, no infunde formas cuando no hay quien las reciba, pero no por impedimentos que vengan de su parte. Son, pues, específicamente distintas las relaciones celestes y de ellas resultarán aptitudes específicamente distintas y por eso se infundirán formas distintas, como la forma del caballo, la del hombre, del vegetal, etc. La materia capacitada para la forma del caballo no recibirá en manera alguna la forma humana, ni yegua alguna en el mundo parirá nunca un hombre. Pues bien, siendo distintas esas proporciones en la potencia, aunque convengan en la especie, suponen también distintas maneras de adaptarse y variará la forma de una misma especie según su mayor o menor perfección. Hay animales imperfectos en algún miembro o propiedad, sea que la causa, a que la imperfección se debe, ejerciera su influencia en el útero materno, o que la ejercitara en el mismo ser al tiempo de su crecimiento, o en otra ocasión cualquiera de que el ser dependa. Esta causa vendrá sin duda ella misma de otra y ésta de otra y no se interrumpirá nunca la cadena, sino que (pág. 226) irá al fin subiendo hasta los movimientos celestes.

Síguese de lo dicho que todo lo bueno emana para todos los seres del principio primero, aunque venga por medio de los ángeles. Y así la existencia de cuantos seres hay, es en cuanto puede ser, el modo de existir más hermoso y perfecto. Todo ser real existe, pues, como convenía que existiese, sin que pueda ser más perfecto de lo que es. Si la materia de las moscas fuese capaz de forma más perfecta que la que tienen, sin duda se la infundiría el dador de las formas, porque a la verdad no se deja llevar de la avaricia ni pone impedimentos. Todo emana de él espontáneamente, como del sol emana la luz que llega hasta el aire y hasta la tierra y el espejo y el agua, pero con muy notables diferencias en su influjo: en el aire no aparecen los rayos, en la tierra aparecen sin reflejarse, mientras que en el espejo y en el agua no sólo aparecen, sino que también se reflejan hacia el lugar de partida, que es su oriente. Y todo esto no por variedad que venga de parte del sol, sino por ser distinta la disposición de la materia.

Conviene, pues, saber que las moscas son mejores que la materia de que constan, si se la deja ser como es, porque de otro modo no existirían las moscas.

Dirá alguno: Estamos viendo el mundo repleto de desgracias, reveses y trastornos; de rayos, terremotos y tifones; de bestias salvajes y otras cosas malas. Asimismo en el alma de todo hijo de Adán vive la concupiscencia, la ira y otras pasiones. ¿Cómo puede derivar tanta maldad del Ser Supremo? ¿Están o no están estas cosas predeterminadas? Si no lo están, algo hay entonces fuera del decreto predeterminativo y eterno del Ser Supremo y de su voluntad. ¿De dónde, pues, nació eso? Y si están predeterminadas, ¿cómo pudieron predeterminarse esas maldades siendo así que es Él la misma bondad pura de la que tan sólo debe emanar lo bueno?

A esto debemos responder: El secreto del qadar o decreto predeterminante únicamente se podrá conocer (pág. 227) después de decir qué es la bondad y qué es la malicia. De dos modos decimos que

una cosa es buena: Primeramente se dice de lo bueno en sí y esto significa que no sólo existe el ser, sino que también con él existe su perfección. Y si en esto consiste el bien, en lo contrario consistirá el mal, esto es, consiste en que no existe cierto ser o en que carece de la perfección debida. No es la maldad una naturaleza positiva; lo que existe, es bondad pura, mientras que la maldad pura no es más que privación. Es causa del mal todo lo que deteriora al ser en sí o en alguna de sus perfecciones. De este modo se dice malo relativamente todo lo que de algún modo corrompe al ser. En segundo lugar, otras veces referimos la bondad al ser de quien emana la existencia y perfección de las cosas que decimos buenas. Pues bien, bajo este respecto el ser supremo es la bondad pura y los seres todos en este caso se dividen en cuatro clases: La primera contiene los que son bondad pura sin que pueda concebirse que de ellos venga algún mal. La segunda se refiere a los que son pura malicia sin que de ellos venga bien alguno. La tercera se refiere a aquellos seres de los que proviene el bien y el mal, pero en ellos no prevalece el bien. La cuarta se refiere a aquellos de que sale el bien y prevalece sobre el mal. Los primeros seres emanan todos del ser primero –tales son los ángeles, que son causa de bienes sin que de ellos venga mal alguno–. Al contrario, no pueden emanar de Él los segundos, porque en ellos no puede concebirse bien alguno sino que son pura maldad. En los terceros prevalecía el mal y por eso es muy justo decir que no emanan de Él, porque permitir un gran mal por un pequeño bien, es malo y no bueno. En cambio, debemos decir que emana de Él la cuarta clase. Así, v.gr., el fuego, al cual se debe la subsistencia de gran parte del mundo. Si el fuego no hubiera sido creado, se cambiaría en gran parte la constitución del mundo (pág. 228) Y con ese cambio se multiplicarían aun los males. Creado el fuego quemará sin duda el vestido del pobre, si mediante la interacción de las causas llega hasta él. Igualmente, si no hubiese lluvia, perecerían los sembrados y peligraría el mundo. En cambio, si existe, arruinará la terraza de la casa de la vieja al descender sobre ella. No es creable una lluvia que al caer sepa ella distinguir entre sitio y sitio, de modo que no vaya a caer sobre la terraza y vaya, sin embargo, a caer sobre los sembrados de la vecindad. Acción es esa propiamente voluntaria; pero 1a forma del agua por sí sola sin algo entremezclado no es capaz de ser forma vital; y, en cambio, si se le sobreañade otra cualidad por la que resultase un animal vivo, no tendría entre sus perfecciones la utilidad del agua, como no la tienen los animales. Pues bien, el dador de todo bien se hallaba en el caso o de crear la lluvia para bien del mundo aunque no ponga remedio inmediato al mal que algunas veces, aunque raras, vendrá con ella como consecuencia necesaria, o no crear la lluvia dejando que el mal fuese general y común a todo el mundo. Pero, si se compara una cosa con otra, decididamente podrá saberse que el bien estaba en crear la lluvia. Por eso fueron creados Saturno y Marte y el fuego y el agua y la concupiscible y la irascible. Si tales cosas no existiesen, con su falta carecería el mundo de muchos bienes, aunque no puedan crearse sin que de ellas se siga un mal pequeño. Sin embargo sabía el creador

que de eso se seguía un mal que él permite. El bien, pues, está predeterminado por sí mismo, mientras que el mal lo está tan sólo *per accidens* y solamente *per accidens* se permite. En el *qadar*, sin embargo, todo está decretado.

Si alguien dijese que era mejor crear solamente el bien puro, se le replicará que el sentido de esa cuestión u objeción no puede ser otro que el de que sería mejor que no fuese creada esta clase .de seres, porque la clase que era (pág. 229) buena solamente, existiría; y, en cambio, habría quedado entre los meros posibles, esa que no es buena solamente, sino que hay en ella mucho bien y un poco mal, porque el bien depende de que exista la clase, no de que no exista. De consiguiente de no ser así no existiría esa clase y por lo tanto esa objeción significaría que era mejor crear un fuego que no fuese fuego y crear un Saturno que no fuese Saturno, todo lo cual es muy absurdo.

Si se nos pregunta por qué decimos que el mal es poco, responderemos que con el mal se significa la destrucción y la imperfección, esto es, la privación de una naturaleza o de algún atributo esencial que sea perfección de la naturaleza. Esto sería ciertamente imposible en un ángel o en los orbes celestes, como ya dijimos, porque eso solamente tiene lugar donde hay formas contrarias, como sucede en los elementos, donde una forma priva sin duda a otra de la existencia por ser entre sí contrarias. Por eso esto solamente ocurre en la tierra. Y a la verdad aunque el mal fuese general en toda la redondez de la tierra, aún sería cosa bien pequeña, porque todo lo que existe en la tierra, si se compara con toda la creación, es muy pequeño, como quiera que sea, aun en la tierra. Pero supera el bien. De hecho tales males solamente se dan en los animales que son la menor parte de lo que hay en la tierra y aun así los males tan sólo se hallan en una minoría de animales, pues la mayoría se conservan buenos; y los que no se conservan buenos en todo, aun esos se conservan en la mayoría de sus disposiciones. Varían ciertamente en algunas disposiciones o en alguna propiedad, pero no en todas. De aquí resulta claro que el mal, en comparación del bien, es rarísimo. En fin, todo esto ocurre tan sólo al corromperse las disposiciones de alguna naturaleza. Mas el temor de perder las naturalezas, cuando de ello nos damos cuenta, es más fuerte que el temor de perder alguna propiedad accidental (pág. 230). Por último el mal es una privación y al percibirlo causa dolor; en cambio, el bien es una perfección y al percibirlo causa placer.

Queda, pues, probado y expuesto: ¿cómo todos los seres existentes emanan del ser supremo? Y ¿cómo están ordenados? Además, ¿cómo entró el mal en esos seres? Y ¿cómo cae bajo el decreto (qadar) y predeterminación divina (qada)? A la verdad, no nos está prohibida la revelación del decreto o predeterminación sino tan sólo porque el vulgo la estimaría como defecto o impotencia en Dios. Por eso pareció bien que era conveniente decirles que el ser supremo tiene poder sobre todas las cosas a fin de imprimir en sus pechos la grandeza de su poder. Si distinguimos diciendo: tiene poder para todo lo

posible, haciendo así distinción entre posible e imposible y respondiendo luego que Dios creó el fuego para cocinar con él los comestibles y para cocer las substancias, y que dada su naturaleza el no quemar las tablillas de la casa del pobre sería imposible, no es cosa de que se persuadiría el vulgo que no es caso de impotencia. Aun el decir a algunos que no tiene poder para crear otro semejante a sí, ni para aunar lo negro con lo blanco, lo juzgan algunos como impotencia. Tal es el secreto del qadar en cuanto se puede explicar. Dios sabe mejor lo que es conveniente.

Acaba la parte segunda *y* sigue la tercera, o sea la *Física.*